

La Escuela como Espacio de Utopía. Algunas Propuestas de la Tradición Anarquista

Rafael Mondragón.

UNAM. 2018. México. 132 páginas. ISBN: 978-607-02-5468-0.

Benjamín Marín Meneses¹

Como bien lo deja claro Mondragón, tanto en el prólogo como en la nota final, hablar de la pedagogía anarquista es sumamente difícil, no por la falta de experimentos, sino por la ausencia de documentación que constate o recupere, de cierta manera, lo que era la docencia ácrata en las postrimerías del siglo XX. Como ejemplo, y casi baluarte del tema, nunca se han dejado de lado las enseñanzas de Francisco Ferrer Guardia y su intentona en la Escuela Moderna, pero poca profundidad o problematización se da a otros docentes en otros espacios.

En México existe el caso de Plotino Rhodakanaty, filósofo griego que fundó una escuela para campesinos en Chalco. La historiografía asume que aquel proyecto tuvo tintes anarquistas, pero de su constitución poco se sabe, más allá de la documentación que José C. Valadés dejó en sus libros. En procesos históricos de mayor envergadura el silencio es constante. A nuestros días no llega la suficiente información sobre los acontecimientos educativos en la Ucrania makhnovista, incluso no se dota de mucha importancia la cotidianidad de las escuelas catalanas o andaluces en época de la Guerra Civil Española. En su lugar las investigaciones se centran, casi en exclusiva, en los conflictos bélicos, en la organización de los ejércitos o en las estadísticas de los batallones.

Mondragón se declara conocedor de este problema, mismo que, someramente, se propone solventar al presentarnos un compilado de textos, escritos por docentes e ideólogos anarquistas, que gira en torno a la forma en que la educación era pensada, reflexionada y patentada por los pedagogos libertarios. La premisa es simple: presentar una obra de divulgación para acercar al lector a los preceptos ácratas, enfocándose en los profesores, a los que les intenta exponer el cómo pensar la educación lejos de las propuestas hegemónicas que hoy en día se replican.

¹ benja_marin21@outlook.com. Licenciado en Historia por la Universidad Veracruzana. México. <https://orcid.org/0000-0002-8131-8082>

En términos generales el libro cumple su función, glosando detenidamente algunas de las reflexiones que docentes e intelectuales anarquistas plasmaron sobre el acto educativo. Se incorporan, además de las clásicas letras de Ferrer Guardia y Eliseo Reclus, escritos firmados por Pedro B. Franco, José Antonio Emmanuel, Herminia Brumana, Aristide Pratelle y Federico Urales.

Antes de dar paso a los pensadores, la introducción de Mondragón intenta despojar al anarquismo de sus connotaciones negativas a través de un magistral recuento histórico de los esquemas educativos mejor desarrollados por los anarquistas de los siglos XIX y XX. Así, rememora la ocupación libertaria del espacio público, desde donde se difundía, propagandísticamente, la filosofía anarquista y sus pilares discursivos: apoyo mutuo, autogestión, democracia directa, amor libre, defensa de los desvalidos, entre los que se encontraban las mujeres y los infantes. En esos espacios ocupados se cantaba revolucionariamente, se leían poemas subversivos, se presentaban obras de teatro con trasfondo radical y, en suma, la pantomima subalterna encontraba un campo fértil para manifestarse.

La escuela, al igual que las plazas y la difusión artística, se imaginaba como un lugar de sociabilidad, desde el que se podía alzar una cultura alternativa; en otras palabras, un espacio de utopía en el que los educandos cuidaban de sí. A los anarquistas, dice Mondragón, les importó sobremanera la infancia. Reclus, en un primer momento, junto con Kropotkin, sugirió escribir para los niños, traducirles libros de su interés. El príncipe ruso era partidario de la educación integral, una que unía la enseñanza teórica y humanística propia de la clase alta con el aprendizaje técnico de los pobres. Combinando ambas, el niño debería ser capaz de labrar su futuro.

En el libro se comentan dos muestras de la alteridad educativa. La primera viene de la pluma de Mondragón, quien da cuenta de la empresa gestada por el anarquista Paul Robin, pedagogo francés que implementó la “Escuela activa” en el orfanato de Cempuis. Conforme a su plan, Robin cimentó la coeducación entre niñas y niños, posicionando a la escuela como espacio de derechos y obligaciones, en el que el infante adquiriría la suficiente conciencia del hacer para dar opiniones. El aprendizaje de oficios y la unificación del saber con el saber, aunado a la importancia dada a la educación natural, fueron las bases fundamentales de Robin. Dentro de Cempuis, los niños aprendían a leer y escribir al producir publicaciones propias, manufacturaban las cosas con que se educaban (se da el ejemplo de que los huérfanos aprendieron a nadar en una alberca que ellos mismos construyeron).

La segunda está contenida en una semblanza histórica de Herminia Brumana sobre el activismo de Francisco Bakulé, maestro parisino de un grupo de niños inválidos. Bakulé, escapando de las reglas dadas por la academia, decidió dejar de lado los planes de estudios en demérito de la educación



práctica. Para Brumana, Bakulé enseñó a vivir dignamente para permitir que sus alumnos salieran de la miseria propia de la anormalidad. Les inculcó el cuidado del cuerpo, la higiene, el valor del trabajo y la felicidad con que las labores tendrían que llevarse a cabo. Los niños trabajaban de acuerdo con sus vocaciones y capacidades individuales, la lectura y la escritura se les enseñaba cuando cada uno así lo quisiera, porque cuando las letras son deseadas es más fácil aprenderlas. Cuando Bakulé fue despedido de su puesto, varios de sus estudiantes lo siguieron para ganarse la vida al lado de su maestro. Según Brumana, las inválidas criaturas tenían fe en sus fuerzas y una alegría en sus corazones, por lo que inspiraron a que niños sanos se les uniesen en el taller que fundaron.

Con el repaso de ambos ejemplos, la antología enlista, mediante las puestas discursivas de cada intelectual, algunas de las dinámicas y prácticas que categorizan a la docencia anarquista, a saber las actividades espontáneas no rígidas, la apetencia por la interacción social, educación física libre y no metodizada, educación sexual, incentivación del sentimiento de ayuda, creación de la idea de que el libro es un amigo, llamar a que las investigaciones sean hechas por uno mismo, brindar conocimientos de los sistemas de cosecha, enseñanza del gusto, concientización de la importancia de la verdad y lo nefando de la mentira, aprovechar el excedente de energía infantil para desarrollarlos en la naturaleza y lejos de la sumisión, activar en el niño la idea de que no tiene dueños, patentar la solidaridad, quitar los premios y castigos que dividen a los alumnos en buenos y malos, relacionar a los muchachos intelectualmente con el mundo evitando las nociones comparativas y evitar la represión del entusiasmo infantil.

Y, al final de cuentas, el aprendizaje más deseado es que cada niño aspire a ser libre, se contacte con su contexto y haga experiencia de la vida a la par de desarrollar simpatía por la naturaleza. La convicción del docente anarquista es que entre él y los estudiantes no haya división intelectual, que en conjunto sean compañeros, que los saberes nazcan de la necesidad, el compromiso y la curiosidad, dejando de lado la imposición.

El libro, en tanto antología para motivar e incentivar la investigación del lector, cumple su motivo. Su división en segmentos resulta práctica y correcta, las notas del editor, respecto a lo que decidió suprimir en vistas de una mejor lógica expresiva develan el esfuerzo con que Mondragón acometió el trabajo de compilador, porque las fuentes utilizadas son diversas y ricas. Abona, en aspectos históricos, a la problemática pedagógica, porque demuestra que el anarquismo se puede presentar como alternativa a las prácticas docentes contemporáneas. Pero, cabe destacar y en cierta manera reprochar, que relevar las debilidades de la educación parece no ser suficiente, en el sentido

de la falta de manuscritos recientes, acordes a las vivencias actuales. Es decir, como ejercicio histórico su validez es incuestionable, pero como referente metodológico -en cuanto a la educación misma- pierde, sustancialmente, la fuerza historiográfica que acarrea dentro de sus páginas, por la ausencia de discursos vigentes que puedan servir de base para concretar experiencias divergentes de pedagogía.

El libro se nos presenta innovador por ser una obra que compila textos seleccionados con demasiada minuciosidad, ya que no se trata de escritos extensos, sino pequeños. Sin embargo, en esta cualidad encuentra otra falencia: no se explora tanto en las propuestas prácticas de cada uno de los autores; se reflejan, más que nada, opiniones o recuentos históricos, priorizando teorías, en cierta medida, especulativas. Claro, no se puede desligar al anarquismo del idealismo, pero experiencias sobran. Esto se disculpa dada una advertencia preliminar en la que Mondragón aclara que se intenta reducir el número de cuartillas para ser una lectura accesible, pero no se deja de extrañar, al menos, la exposición de un plan de estudios anarquista o una disertación profunda de Ferrer Guardia, lo que seguramente hubiera fortalecido la totalidad del libro. Ya nos queda a nosotros, los lectores, continuar la investigación por nuestra cuenta.

